

VI.

Dumuriez.

Si nos hemos detenido tanto en el sitio de Verdun y en la heroica muerte de Beaurepaire, es porque, segun nuestra opinion, ningun historiador le ha dado la importancia que merecia, ni le ha tributado la admiracion que es un deber en el historiador, apóstol de la posteridad.

Hé aquí con qué motivo me fijé en esta singular é incomprendible falta.

Aun en tiempo de la restauracion me indignaban los altares poéticos que se levantaban á las vírgenes de Verdun, que habian abierto las puertas de su ciudad natal, de la llave de la Francia, al enemigo, llevando canastillos de grajea en una mano y ramos de flores en la otra.

Esta traicion á la patria no se disculpa sino con la ignorancia de las mujeres, las que cedian á las órdenes de sus padres é ignoraban el crimen que cometian.

El clero influyó mucho tambien.

Hará siete á ocho años que, deseando contestar á los versos de Delille y de Víctor Hugo con un libro, busqué los documentos de la rendicion de Verdun, que influyó tanto en el 2 y 3 de Setiembre.

Naturalmente, interrogué al más voluminoso de nuestros historiadores, al señor de Thiers.

Pero Thiers, preocupado con la batalla de Valmy, que desea describir, se contenta con decir en la página 198 de la edicion de Furne: «*Los prusianos adelantan hácia Verdun.*»

Despues, en la página 342: «*La rendicion de Verdun excitó la vanidad de Federico.*»

Más adelante, en la página 347, dice: «*Enviado Galbeau para reforzar á Verdun, llegó demasiado tarde.*»

Ni una palabra de Beaurepaire, y sin embargo, no es muy comun el hecho.

Una ciudad que se rinde contra la voluntad del comandante de la plaza, y este se tira un pistoletazo.

Veintitres ciudadanos convictos de haber abierto las puertas al enemigo y ejecutados en 1794.

Diez mujeres, la mayor de cincuenta y cinco años, la menor de diez y siete, les acompañaron en el patíbulo por haber ofrecido flores y dulces á los prusianos. Todo esto merecia la pena de que se hiciera mencion, aunque hubiera sido en una nota.

Dumuriez no consagra en sus Memorias sino algunas palabras á Verdun, y nombra Beauregard á Beaurepaire.

Solo por ese error merecia Dumuriez el dictado de traidor.

Michelet, el historiador admirable, el hombre á quien le son tan caras las glorias de Francia, porque él es una de ellas, no pasa al lado del túmulo de Beaurepaire sin detenerse.

Se arrodilla y reza.

«El mismo sentimiento, dice, vibró profundamente en Francia, cuando un túmulo, conducido desde la frontera, la atravesó, el del inmortal Beaurepaire, el que, no con palabras, sino con un solo hecho, la dice lo que debe hacer en tales circunstancias.

«Beaurepaire, antiguo oficial de carabineros, habia formado y mandado desde el 83 el intrépido batallon de voluntarios de Maine y Loire. Cuando la invasion temieron aquellos valientes no ser de los primeros, y sin detenerse un momento atravesaron la Francia á paso de carga y entraron en Verdun.

»Tenian el presentimiento de que estando rodeados de traidores debian perecer, y de antemano encargaron á un diputado patriota que les despidiera de su familia, *la consolara y dijera que habian muerto.* Beaurepaire era recién casado, pero no por eso fué menos firme. Reunido el consejo de guerra, Beaurepaire resistió á todos

los argumentos cobardes, y viendo que nada adelantaba con aquellos oficiales nobles, cuyo corazón realista estaba en el campo enemigo,

—Señores, les dijo, he jurado no rendirme sino muerto; sobrevivid á vuestra vergüenza. Yo soy fiel á mi juramento; hé aquí mis últimas palabras: muero.

»Y se tiró un pistoletazo.

«La Francia se reconoció en él, se estremeció de admiración y poniendo la mano en el corazón tuvo fé. La patria no vaciló; se vió animada y real. No se duda de los dioses á quienes se sacrifica de ese modo.»

De las *virgenes* de Verdun no habla Michelet; sin duda al lado de una mancha de sangre no ha querido poner una de lodo.

Ningun historiador, ningun cronista, ningun contemporáneo habla de la esposa de Beaurepaire. Creo haber encontrado lo único que se ha escrito de ella, en un folleto titulado *Reminiscencias del rey de Prusia*.

Efectivamente, aquel folleto contiene la siguiente anécdota, que probablemente se relaciona con la esposa del comandante de la plaza:

«El duque de Weimar, que habia oido elogiar los dulces y licores de Verdun, se informó cuál era la tienda en donde se fabricaban los mejores. Nos condujeron á la tienda de un tal Roux, que hacia esquina á una plaza pequeña.

»Aquel hombre nos recibió con la mayor amabilidad y nos sirvió perfectamente.

»Cuando empezaba á nochecer, un incidente triste nubló la alegría del festin. La casa de enfrente estaba habitada por una señora joven, parienta del difunto comandante de plaza.

»Hasta aquel momento habia ignorado el acontecimiento, pero entonces fué preciso decírselo.

»El efecto fué tan grande que cayó al suelo, presa de convulsiones violentas y de terribles ataques nerviosos. Con mucho trabajo se logró llevarla.»

Probablemente no querrian decir á las princesas que aquella

jóven era la esposa de Beaurepaire, y solo dijeron que era parienta del comandante.

La rendición de Verdun resonó en toda la Francia.

Paris, aterrado, creyó ver al enemigo á sus puertas, y efectivamente fué así, pues solo le faltaban para llegar cinco etapas.

Se tocó generala en toda la población y somaten, tirándose un cañonazo de hora en hora.

Entonces fué cuando Danton, el único que permanecía sereno, comprendiendo el partido que se podia sacar de la muerte de Beaurepaire, se precipitó en medio de la trastornada Asamblea y subió á la tribuna, dió cuenta de las medidas que se habian adoptado para salvar la patria, y dijo aquellas palabras memorables consignadas en la historia:

—El cañon que estais escuchando no es el cañon de alarma, es la señal de cargar al enemigo; para vencerlo, para atterrarlo, ¿qué se necesita? Audacia, más audacia, siempre audacia.

Y entonces la heroica abnegación de Beaurepaire fué descrita como solo Danton sabia describir.

Se nombró al momento una comisión que propuso el siguiente decreto:

«Art. 1.º La Asamblea nacional ha decretado que sea depositado en el panteon francés el cuerpo de Beaurepaire, comandante del primer batallon de Maine y Loire.

Art. 2.º Sobre su tumba se colocará esta inscripcion:

*Quiso mejor darse la muerte, que capitular con los tiranos:*

Art. 3.º El presidente se encarga de escribir á la viuda é hijos de Beaurepaire.»

Una calle tomó el nombre de Beaurepaire, y creemos ha conservado hasta hoy este nombre glorioso.

Mientras que la Asamblea nacional hace á Beaurepaire los últimos honores; ínterin Marceau, sin armas ni caballos, los que ha perdido en Verdun, le contesta á un representante del pueblo que le pregunta:—¿Qué quereis que os devuelvan?—Un sable para vengar nuestra derrota;—mientras que el rey de Prusia se ocupa durante

una semana en dar bailes en Verdun, en comer confites, en asegurar que el único motivo de su viaje era devolver el país á sus reyes, las iglesias á los sacerdotes; la propiedad á los propietarios, mientras que los aldeanos comprenden que es la contrarevolucion que entra en Francia, y que el que tiene un fusil lo toma, y el que una horquilla, empuña una horquilla ó una guadaña, en Sedan, en la sala del Ayuntamiento, están reunidos en consejo cinco generales presididos por Dumuriez.

No: somos de los que creen que un error, una debilidad ó una mala accion hacen perder al hombre todos los méritos de su vida. No: las acciones deben pesarse una á una, y el historiador elogiarlas ó censurarlas imparcialmente.

Fácilmente adivinarán nuestros lectores que estas palabras son las que nos sirven de base para ocuparnos del personaje más extraño de nuestra época, de un hombre que, si bien era en el fondo realista, salvó á la república, que hizo por la Francia más que Lafayette, y ménos que este contra ella, pero que, sin embargo, se le degradó, se le desterró y murió en Inglaterra, sin despertar el más leve pesar, mientras que Lafayette volvió bajo arcos de triunfo, fué el apóstol de la revolucion de 1830 y murió lleno de gloria y colmado de honores entre su gloriosa y considerada familia.

En aquella época tendria Dumuriez cincuenta y seis años; vivo, ágil, enérgico, apenas aparentaba cuarenta y cinco.

Aunque de origen provenzal, habia nacido en Picardía y unia al carácter meridional la voluntad firme del hombre del centro.

Su expresivo rostro y sus ojos tenian algunas veces una expresion ardiente, y dotado de inteligencia y talento despejado, era bueno para todo. Tenia la astúcia del diplomático y el obstinado valor del soldado. Siendo húsar, habia preferido que seis de caballería le hicieran pedazos á rendirse.

Pero á los treinta años se dejó arrastrar á la diplomacia secreta de Luis XV, no muy honrosa, y que era casi el espionaje.

Pero todo esto se borró en el reinado de Luis XVI con la construccion del puerto de Cherburgo, de la que fué el principal promovedor.

Era un hombre casi universal, cuyos vastos conocimientos pueden ser útiles para todo, pero que es preciso encuentren la ocasion.

Hasta entonces no se le habia presentado. ¿Podria ser hábil diplomático ó general victorioso? No se sabia, y tal vez ni él mismo se apreciaba en su justo valor.

En 1792 fué elevado al ministerio por los girondinos, es decir, por los enemigos del rey; pero al salir de Tullerías, despues de una escena con María Antonieta, era ya un aliado del rey. Dumuriez tenia buen corazon y era impresionable para con las mujeres.

Las señoritas de Fernig, sus ayudantes, y que, vestidas de húsares, ni aun en el campo de batalla se separaban de él sino para ejecutar sus órdenes, son una prueba de lo dicho.

No era, pues, extraño que Danton desconfiase de él y que, conociendo la lealtad y la franqueza de Jacobo Merrey, le enviase para vigilarle.

La sesion empezaba en el momento en que conducimos al lector á la sala del consejo.

—Ciudadanos, dijo Dumuriez dirigiéndose á sus cinco compañeros; os he reunido para ponerlos al corriente de la grave situacion en que nos encontramos.

Haré el resumen de los hechos en pocas palabras.

Hace quince dias, el 19 de Agosto de 1792, han entrado en Francia los prusianos y los emigrados.

Si fuéramos romanos, os diria que entraron en dia nefasto, en medio de los truenos y granizo, pero no fué así; á las dos llegaron á Brehain y allí se detuvieron á pasar la noche, ínterin saqueaban sus destacamentos los alrededores.

Para llegar hasta aquel punto hizo cuarenta leguas en veinte dias desde Coblenza á Longwy el héroe de Rosback, Brunswick.

Esta invasion, que, segun dice el rey de Prusia, no es más que un paseo militar desde la frontera hasta Paris, preciso es confesar que no se presenta con una actividad temible.

Pero, ciudadanos, es mi opinion que cuando un enemigo tan experimentado comete una falta, es porque tendrá sus razones para cometerla; pero que se debe aprovechar de ella.

Sesenta mil prusianos, herederos de la gloria y tradiciones del gran Federico, adelantaron formando solo una columna hasta el centro, entraron en Longwy y ayer hemos oido cañonazos hácia Verdun.

Por consiguiente cercan á Verdun, si no están ya en la poblacion.

Veintiseis mil austriacos, á las órdenes del general Clairfayt, los apoyaban por la derecha, marchando hácia Stenay.

Diez y seis mil austriacos, mandados por el príncipe Hohenlohe-Kirchberg, y 10.000 soldados de Hesse flanquean la izquierda de los prusianos.

El duque de Sajonia-Teschen, ocupa los Países Bajos y amenaza as plazas fuertes.

El príncipe de Condé, con 6.000 emigrados, ha caido sobre Philipsburgo (1).

Nuestros ejércitos, al contrario, están colocados de la manera más desventajosa para resistir á una fuerza de 60.000 hombres.

Beurnonville, Moreton y Duval, reunen 20.000 hombres en los tres campamentos de Maulde, de Maubeuge y de Lila.

El ejército de 33.000 hombres que mandamos nosotros está desorganizado completamente con la huida de *Lafayette*, que era muy querido; esto no me importa mucho, porque, si no me hago querer, haré que me teman.

En Metz hay 20.000 hombres al mando de Kellermann

En Laudan, 15.000 á las órdenes de Custine, y Biron está en Alsacia con 30.000, y es inútil, no solo ocuparnos de él, sino pensar en él.

Por consiguiente, para oponernos á los 60.000 prusianos no tenemos más que 23.000 hombres y los 20.000 de Kellermann, y eso suponiendo que quiera obedecerme y unirse conmigo.

Tal es la situacion clara, neta y real. ¿Cuál es vuestra opinion?

Se levantó el más jóven de los generales: le tocaba hablar.

(1) Thiers, revolucion francesa.

Era el hermoso Dillon, del que se decia habia sido amante de la reina.

Despues de lo ocurrido en Quiebrain, los soldados asesinaron á su hermano creyendo era él, y alegando que el amante de la reina no podia ser otra cosa que un traidor.

Con respecto á él citaban dos hechos como prueba de su intimidad con María Antonieta.

Le habian visto una magnífica piocha de diamantes que dos ó tres dias antes lucia la reina en su peinado, y era en el patio de Tullerías en una revista en donde Dillon ostentaba la joya.

Además, referian que, walsando en un baile con la reina, quien amaba el wals con locura, se detuvo aturdida para tomar aliento, y sin notar que el rey estaba detrás de ella, se inclinó indolentemente sobre el hombro del bello oficial, y le dijo;

—Apoyad la mano sobre mi corazon, vereis cómo late.

—Señora, dijo el rey deteniendo la mano de Dillon; el coronel tendrá la galantería de creerlo bajo palabra.

Arturo Dillon, no solo era notable por su hermosura, sino tambien por su valor á toda prueba, y si algo se le podia reprochar era el ser demasiado temerario en la guerra.

—Ciudadanos, dijo, os daré mi opinion con la timidez de un jóven que se atrevé á expresarse delante de hombres distinguidos y experimentados; pero creo, por lo que acaba de decirnos el general, en jefe, que nuestro plan de defensa es imposible; me parece debemos entrar en Flándes y atacar los Países Bajos austriacos; de este modo llamariamos la atencion del enemigo y le obligariamos á volver á Bruselas, en donde la presencia de los franceses estoy seguro que hace estallar una revolucion.

Saludó y se sentó: el general Monet se levantó.

—Me parece, dijo, despues de hacer justicia á nuestro jóven compañero, que si nos retirásemos á Flándes, seria abandonar el puesto que la Francia nos ha dado. Somos el único obstáculo entre la invasion y Paris. Propongo retirarnos hácia Chalons y defender la línea del Marne.

En aquel momento entró un ordenanza anunciando que un caba-

llero cubierto de polvo, y que llegaba de Verdun, deseaba hablar al general en jefe sin demora.

Dumuriez consultó con la vista á los miembros del consejo. Vió en todas las miradas el anhelo con que recibirían noticias, y dijo:

—Que pase.

Pocos momentos despues apareció Jacobo Merey con su traje medio de paisano, medio de militar, como representante del pueblo.

Levita azul con anchas solapas, cinturon con dos pistolas y un sable, sombrero con plumas tricolor, calzon ajustado y botas de campana.

—Ciudadanos, dijo, soy portador de malas noticias; pero las malas noticias no admiten retraso, y por eso he insistido por ser recibido. Verdun está en poder del enemigo y Beaurepaire se ha disparado un pistoletazo. El general Galbeau efectúa su retirada sobre Paris por Clermont y Santa Menehould, y yo vengo en nombre de Danton á deciros que en vuestras manos está la salvacion de la Francia.

Y adelantándose á Dumuriez, le presentó la carta de la cual era portador. El general en jefe la tomó y saludó sin leerla.

—Ciudadanos, dijo, ¿cuál es la opinion de la mayoría?

Los tres generales que aun no habian hablado se levantaron, y uno de ellos, en nombre suyo y de sus compañeros, dijo:

—General, participamos de la opinion del general Monet.

—¿Es decir que creéis debemos retirarnos hasta Chalons y defender la línea del Marne?

—Sí, ciudadano general, contestaron á una los tres.

—Está muy bien, ciudadanos; yo determinaré; y levantándose, suspendió la sesion saludando y despidiendo á los tres jefes.

Despues se volvió hácia Jacobo Merey.

—Ciudadano representante, le dijo, te hará falta un baño, un buen almuerzo y una buena cama; todo esto lo encontrarás en mi casa, si me haces el honor de aceptar la hospitalidad que te ofrezco.

—Con mucho gusto, contestó Jacobo Merey; tanto más cuanto que las noticias de Paris, que debo comunicaros ó dejaros adivinarson más terribles que las de Verdun.

Dumuriez, con la cortesía propia de un verdadero hidalgo, sonrió, saludó y pasó para mostrar á su huésped el camino del comedor.

Allí le aguardaban Westermann y Fabre de Eglantine.

—Ciudadanos, les dijo, vais á almorzar á la mayor brevedad; despues, teniendo que hacer frente á las noticias que acabo de recibir, vos, Westermann, marchareis á Metz y dareis la órden á Kellermann de venir á reunirse conmigo en Valmy, y vos, Fabre, tomareis un caballo y saldreis á escape para Chalons, en donde detendreis la retirada de Galbeau, á quien acompañareis con sus dos ó tres mil hombres hasta Revigny-aux-Vaches, en donde hasta nueva órden vigilarán las orillas del Aisne y del Marne.

Ambos hicieron un movimiento.

—Aquí teneis á este caballero, añadió Dumuriez, que es enviado tambien de Danton, y con las mismas instrucciones que habeis traído. El permanecerá á mi lado, y creo es suficiente para matarme si llegara el caso.

—Nuestra mision es estar á tu lado, ciudadano general, y no debemos ir á donde nos envias.

—Nuestra mision es servir á la patria, y os órdeno como general en jefe del ejército del Este, que vos, Westermann, marcheis inmediatamente á Metz y hagais venir á Kellermann, y si no á sus veinte mil hombres. En vuestro bolsillo llevareis vuestro nombramiento y su destitucion. A vos, Fabre, os mando vayais á Clermont y trateis de impedir la retirada, y si Galbeau se resiste, lo arrestareis en medio de sus tropas y lo mandareis al comité de salud pública atado de piés y manos.

Interin almorzáis, escribiré las cartas y tomará un baño el ciudadano Jacobo Merey; despues le pondré al corriente de mis intenciones. Almorzad, amigos míos; y á tí, ciudadano, te conducirá mi ayuda de cámara al baño; ya sabes en dónde está el comedor; en él te aguardo despues.

Fabre y Westermann se sentaron á la mesa; Dumuriez entró en su despacho, el cual comunicaba con el comedor, y Jacobo Merey se dejó conducir al baño por el ayuda de cámara del general.